

—Pues bien; puesto que hemos llegado al momento de las aclaraciones, continuó Billaud, pido que contesten todos los individuos que sean interrogados por la Asamblea. Os estremecereis de horror cuando sepais la situacion en que nos encontramos, cuando sepais que la fuerza armada está á las órdenes de los parricidas, y que Henriot es el cómplice de los conspiradores.

Temblareis cuando sepais que hay aquí un hombre (y lanzó una mirada feroz á Robespierre), que cuando se trató de enviar diputados á los departamentos, estudió la lista de los convencionales, y de setecientos individuos, no encontró veinte dignos de aquella mision.

En todos los bancos se escuchó un murmullo del orgullo herido, rumor imponente y amenazador.

—¿Y es Robespierre, continuó Billaud, el que nos decia ayer, el que se atrevió á decirnos que se habia alejado del comité porque estaba oprimido?

No lo creais: Si se alejó, ha sido porque, habiendo dominado por espacio de seis meses al comité, este, cansado de su dominio, se ha rebelado contra él y ha organizado su defensa.

Felizmente se retiró en el momento en que queria que se aceptara el decreto del 22 prairial, ese decreto de muerte, que nos hizo á cada uno de nosotros llevar la mano á la cabeza, como para sostenerla sobre los hombres.

Millares de voces interrumpieron á Billaud, no para sostener sus acusaciones, sino para afirmarlas.

Reinó un instante el silencio; pero era uno de esos silencios como la calma que precede á la tempestad y que encierra un mundo de amenazas.

XXVIII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Aquel silencio presagiaba de tal modo la tormenta, que las miradas de aquellos hombres se cruzaban como relámpagos.

—Sí; ciudadanos, prosiguió Billaud Varennes; sabed que el presidente del Tribunal revolucionario, al que le está casi prohibida la iniciativa, propuso ayer en los jacobinos, en esa sociedad no solo enemiga, sino hasta ilegal, que se proscribiesen y se borrasen de la Convencion los nombres de aquellos diputados que habian osado resistir á Robespierre.

Pero el pueblo me escucha, añadió Billaud volviéndose á las tribunas; ¿no es cierto, pueblo, que velas por tus representantes?

—¡Sí, sí! El pueblo está aquí, gritaron á una voz los de las tribunas.

—Desde hace algun tiempo hemos presenciado un espectáculo extraño, y es que los mismos que invocan sin cesar la virtud y la justicia, son los que primero se atreven á hollar la justicia y la virtud.

¿Cómo? Hombres aislados que no conocen á nadie, que no se mezclan en intrigas, que salvan la Francia organizando la victoria, ¿esos hombres son conspiradores? ¿Y en el mismo dia en que, gracias á sus consejos y á su plan de campaña, vuelve Anveres á ser tomada á los ingleses por la Francia, vienen los conspiradores y les acusan de traicion en este recinto?

El abismo está delante de nosotros; los verdaderos traidores es-

tán aquí; es preciso que se llene ese abismo con sus cadáveres ó con los nuestros.

El golpe fué terrible para Robespierre: ya no se podía retroceder; pálido y convulsivo se lanzó á la tribuna.

—¡Abajo el traidor! ¡Abajo el tirano! ¡Abajo el dictador! gritan por todas partes.

Peró Robespierre habia comprendido que la hora suprema habia llegado, que era preciso, como el javalí, dar la cara á la multitud que rugía contra él. Se agarró al balaustre de la tribuna; subió á pesar de todos; tocó la plataforma.

El sudor bañaba su frente: estaba pálido, lívido; le faltaba un paso para reemplazar á Billaud. En medio de un tumulto espantoso abrió la boca para hablar, porque tal vez creía que al oírle cesaria el tumulto.

Tallien vió que la tribuna iba á ser suya, y comprendiendo el riesgo, se lanzó á su vez y separó á Robespierre bruscamente.

Era un nuevo enemigo, un nuevo acusador: volvió á reinar silencio.

Robespierre miró asombrado en torno suyo. Desconocía aquella Asamblea sobre la que habia reinado por espacio de tres años y la que estaba acostumbrado á manejar á su antojo.

Entonces empezó á comprender el peligro que corria en aquella lucha mortal.

Tallien aprovechó el silencio, y exclamó:

—Hace un momento pedía que se desgarrase la cortina: ya se ha hecho. Los conspiradores están desenmascarados; la libertad triunfará.

—Sí, sí, gritó la sala entera, sí; ya empieza á triunfar. Acaba, Tallien, acaba.

—Todo presagia que el enemigo de la Representacion nacional caerá á nuestros golpes: hasta hoy me habia impuesto silencio; dejándole que formara en la sombra la lista de proseripcion, no podia decir: *He visto, he oido*; pero ayer tambien yo estaba en los jacobinos y *he visto y he oido*, y he temblado por la patria.

Un nuevo Cronwell reclutaba su ejército, y esta mañana he to-

mado en mi mano el puñal que descansaba detrás del busto de Bruto para hundírselo en el corazon si la Convencion no tenia valor suficiente para acusarle.

Y Tallien apoyó el puñal de Teresa sobre el pecho de Robespierre; un rayo de sol hizo brillar la hoja.

Robespierre no hizo un movimiento para detener el golpe.

Peró los reflejos del sol en el acero le hicieron guiñar los ojos, como los de los pájaros nocturnos con la claridad del dia.

—Peró no, continuó Tallien separando el puñal del pecho; nosotros somos representantes del pueblo y no asesinos: este tirano pálido y enfermizo no tiene ni la fuerza ni el talento de César.

La Francia ha puesto en nuestras manos la espada de la justicia, no el puñal de la venganza. Acusamos al traidor; juzguémosle, sentenciémosle; pero no le asesinemos.

No más proseripciones, no más 31 de Mayo, ni aun contra el que hizo las proseripciones y el 31 de Mayo.

Que condene á Robespierre la justicia nacional.

Jamás habia estallado en la Cámara tal torrente de aplausos; parecia que se desplomaba la bóveda de la Convencion.

—Ahora, añadió Tallien, pido que se prenda al miserable Henriot, que por tercera vez en este momento prepara sus cañones contra nosotros.

Antes que nada desarmemos al dictador; quitémosle su guardia pretoriana y despues le juzgaremos.

En la Asamblea se oyó una especie de rugido: eran dos años de odio y de terror que se iluminaban y que respiraban por la escotilla que habia abierto Tallien.

—Pido, prosiguió, que decretemos la sesion permanente, hasta que la espada de la justicia asegure la existencia de la república y hiera á los que conspiran contra ella.

Las proposiciones de Tallien se ponen á votacion y se votan con entusiasmo.

Robespierre quiere hablar: no ha bajado de la tribuna, á la que se sujeta; tiene los lábios palpitantes y el rostro contraído.

Sus dientes están apretados y en vano procura hacerse oír.

Por todas partes gritan: ¡Abajo el tirano!

La palabra de orden dada por Sieyès se ha sostenido; Robespierre no hablará: *No hará frases.*

Tallien prosigue diciendo:

—No hay uno de nosotros que no pueda citar de este hombre un hecho de inquisición ó de tiranía; pero es su conducta de ayer en los jacobinos la que debe causaros horror. Allí se reveló el tirano; por ese hecho quiero destruirlo. ¡Ah! si pudiera recordar todos los actos de opresión, probaría que todos se han cometido desde que Robespierre está encargado de la policía general.

Robespierre hizo un esfuerzo, llegó casi hasta Tallien, y gritó extendiendo el brazo:

—Eso es falso; eso...

Pero el tumulto empezó de nuevo más terrible que nunca.

Entonces comprendió Robespierre que era inútil su deseo de apoderarse de la tribuna, la que le arrebatara una conspiración.

Buscó un sitio desde el cual pudiera dominar á la Asamblea. Se fijó en la Montaña, y bajando rápidamente los escalones de la tribuna, se lanzó entre sus antiguos amigos, y desde un banco vacío quiso hablar.

—¡Callate! le gritó una voz; estas en el sitio de Danton.

Robespierre bajó hácia el centro.

¡Ah! exclamó, montañeses, no quereis dejarme hablar, y sin embargo, es á vosotros, hombres irreprehensibles, á los que pido un asilo y no á esos bandidos.

—¡Atrás! gritó otra voz; ocupas el sitio de Vergniaud.

Robespierre se alejó de los bancos de la Gironda, como si efectivamente se viera perseguido por la sombra de aquellos que habia hecho decapitar.

Como herido por un rayo, se lanzó á la tribuna por segunda vez, y enseñando el puño al presidente, dijo:

—¡Presidente de una Asamblea de asesinos! Por última vez, ¿quieres concederme la palabra?

—La tendrás por turno, contestó Henriot, que habia reemplazado en el sillón de la presidencia á Collot d'Herbois.

—No, no; gritaron los conjurados; que se defienda, como los demás, delante del tribunal revolucionario.

Pero se obstina; por encima de ese ruido, de ese tumulto, de aquellos gritos, se oye el chillido de la voz de Robespierre, el que se extingue de repente por la ronquera que le acomete.

—Es la sangre de Danton que le ahoga, gritó una voz.

Esta última puñalada hace estremecer á Robespierre, el que se crispa como tocado por el alambre eléctrico.

—¡La acusación! grita una voz desde la Montaña.

—¡La prisión! grita otra del centro.

La Asamblea entera apoya la última.

Abrumado Robespierre, agotadas sus fuerzas y sin esperanza, cae sobre un banco.

—Puesto que acusan y juzgan á Robespierre, exclaman dos voces á la par, pedimos ser acusados y juzgados también con él.

Una de las voces era la de Lebas; la otra la de Robespierre el menor.

—¡Hermano mio, exclama Robespierre levantándose, dejadme defender la causa de mi hermano, que se pierde por mí!

Si le hubieran dejado hablar, tal vez se hubiese salvado por el camino de la piedad; pero no, no fué así, porque de nuevo las palabras *acusación*, *prisión*, cayeron sobre él como la roca de Sísifo.

—¡Qué difícil de vencer es un tirano! dijo Freron, que pedía venganza por la sangre de Camilo Desmoulius y de Lucila.

Se puso á votación la prisión por el presidente Thuriot, y fué votada por unanimidad.

—No se trata solo de haberla votado, sino de que lo ejecuten.

Por segunda vez dió orden Thuriot de ejecutar el decreto, el que comprendia á Robespierre, Lebas, Robespierre el joven, Couthon y San Justo, los que se colocan á su lado, en el primer banco de la Llanura: el vacío reinaba en torno suyo.

Los porteros vacilan en cumplir con su deber: ¿cómo se atreverán á poner sus manos sobre los reyes de la Asamblea, de los que han recibido órdenes tantas veces?

Por último se acercan á ellos y les notifican el decreto de la Convencion.

Los cinco acusados se levantan y salen lentamente para ser conducidos al comité.

La Asamblea respira: aquella lucha de cuatrocientos diputados contra un hombre indica lo poderoso que era aquel hombre. Mientras que permanecía allí se preguntaban: ¿Hemos acabado?

Yo respiré tambien y salí precipitadamente.

El rumor de la prision de Robespierre se habia esparcido ya por la plaza del Carrousel, y desde allí se cernia sobre Paris.

No sé si seria ilusion mia, pero me pareció que todas las bocas sonreian, que todos los corazones estaban alegres y gozosos.

Las gentes corren unas á las otras gritando:

—¿Sabeis lo que sucede?

—No, ¿qué sucede?

—Robespierre está preso.

—¡Imposible!

—Le he visto conducir á los comités.

Y el que acababa de recibir la noticia corre á esparcirla.

Pero las noticias pasan dificilmente por entre las rejas y puertas de roble: mis ojos buscan inútilmente á mi comisario, quien me ofreció que estaria en el patio del Carrousel.

De repente arrojé un grito: un hombre me miraba con atencion, era él.

Se habia adelantado á la opinion pública quitándose el gorro frigio y la casaca corta: su traje era como el de un particular.

Se acercó á mí sin afectacion.

—¿Necesitais algo? me preguntó:

—Quisiera que mis pobres amigas supieran el triunfo de Tallien.

—Tened cuidado y no entreis demasiado en el dominio de las esperanzas.

Los comités pueden declarar que no hay motivo para la acusacion y dar una sentencia de *no ha lugar*.

El tribunal revolucionario, ante el cual va á presentarse, le per-

tenece en cuerpo y alma, y puede afirmar que no es culpable y proporcionarle un triunfo como el de Marat. Lo que se ha hecho no es más que dar el primer paso, y por eso os digo: esperad.

—No importa, contesté; ¿está ganado, no es verdad? Pues ahora, al segundo.

—Andad reposadamente; atravesad el puente, entrad en la calle de Bac, hasta la de Lilla, y allí me conducirá un carruaje para reunirme con vos.

Me encaminé á la calle de Bac; al llegar á la de Lilla oí el ruido de un carruaje que se detenia; subí en él: mi comisario estaba dentro.

Dió orden al cochero para que siguiera la calle de Lilla; los muelles hasta la Greve, y que nos condujera á la cárcel de la Fuerza.

Allí habian vuelto á llevar á las prisioneras.

Encontré al honrado portero Ferney, encontré á Santerre, quien al verme lanzó exclamaciones de júbilo; me creia guillotinado. Les dí la noticia del encarcelamiento de Robespierre.

Cosa extraña; el que pareció alegrarse más fué el carcelero.

No presentó ninguna dificultad cuando el comisario le indicó que me condujera á la habitacion de las dos presas.

Al verme no conoció límites su júbilo; mi sonrisa les indicó que las noticias eran buenas.

—¡Triunfo! exclamé, ¡triunfo! Robespierre está acusado y preso.

—¿Y Tallien, preguntó Teresa, cómo se ha portado?

—De un modo magnífico; lleno de valor, y sobre todo de amor.

—Lo que es verdad, que si solo se hubiera tratado de él le hubieran cortado la cabeza. ¡Es tan perezoso!

—Vamos, vamos, llevarás un nombre ilustre, ciudadana Tallien, dijo Josefina Beauharnais.

—Ambiciono otro mejor, dijo con su altivez española Teresa.

—¿Cuál?

—¡El de Nuestra Señora de Termidor!

Como habia dicho juiciosamente mi comisario, no habiamos su-

bido más que el primer escalon, y Robespierre podia bajar de él más poderoso que nunca.

Entre todos se convino que al dia siguiente sabrian por mí misma los acontecimientos con todos sus detalles, que no serian ménos importantes que los que acababan de pasar.

Teresa reflexionó que me seria muy difícil encontrarme en lo que debia suceder entre multitud de mujeres y de hombres con mi traje de mujer.

Me indicó que podia ir á su casa de los Campos Elíseos y tomar uno de los trajes de hombre que tenia costumbre de ponerse cuando iba á caza con su marido el marqués de Fontenoy. Me dió una carta para su anciana nodriza que guardaba la casa, y al mismo tiempo tranquilizaria á la pobre mujer y la daria noticias de Teresa.

La referí lo mucho que debiamos á mi protector, y de antemano la pedí que si triunfábamos, era un hombre que no debiamos olvidar. Me prometió todo lo que quise.

La hora adelantaba y era preciso salir de la cárcel: dije que no ofrecia volver al dia siguiente, porque si éramos vencedores, preferia advertir á Tallien, para evitarle investigaciones inútiles para saber en dónde estaban; pero que escribiria, palabra por palabra, y minuto por minuto lo que sucediera, y gracias al honrado comisario estaba segura que llegaria á sus manos mi carta.

Nos abrazamos con la mayor efusion Josefina Beauharnais, Teresa y yo; bajé satisfecha y henchida de esperanza aquella escalera que descendí la última vez para ir al cadalso.

XXIX.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Volvimos á subir al carruaje y fuimos directamente á casa de Teresa, situada en el paseo de las Viudas. Allí encontré á la anciana española que la habia criado.

Empecé por darle noticias de su ama, y despues le entregué la carta, en la cual la ordenaba que me dejara escoger entre sus trajes de hombre el que mejor me conviniera.

Escogí una levita castaña con cuello bajo; un sombrero con alas anchas, el que ocultaba casi por completo mi rostro, con un hebillado de acero y una cinta negra, sin pluma.

Dos camisas con chorrera; dos chalecos, uno blanco, otro color de camello; unos calzones de color claro y botas hasta la rodilla.

En seguida volvimos á subir al carruaje y mi comisario me condujo á su casa.

Nos costó bastante poder atravesar por la calle de San Honorato, porque una multitud inmensa estaba reunida delante de la casa del carpintero Duplay.

Acababan de saber la prision de Robespierre, y los gritos de Duplay y de su anciana madre habian atraido á los vecinos y á todos los que pasaban por la calle, y los curiosos permanecian clavados en su sifio, aguardando obtener allí noticias más detalladas.

No era menor mi curiosidad que la de los demás que habian acudido á los gritos de la familia Duplay.

Preciso es confesar que en todo el barrio tenia la familia del carpintero la reputacion de honrada y buena.